

# La condición urbana de la clase obrera en el Distrito Federal

RAÚL NIETO CALLEJA\*

## I. Ciudad y clase obrera

Se ha planteado que los modelos de urbanización, de industrialización, de modernización económica y de globalización de las relaciones mundiales tienden a homogenizar muchos de los aspectos de la vida y cultura de las distintas sociedades. En el caso mexicano, recientemente además, se ve con suma preocupación su integración económica a un bloque norteamericano mediante la firma de un tratado de libre comercio. Sin embargo también se sabe que cada sociedad, que ha transitado de modos de vida tradicionales a estilos de vida modernos, ha debido desarrollar formas de vida social propias e irrepetibles que a su interior portan una gran heterogeneidad. Frente a estas dos alternativas de análisis, en este trabajo quiero plantear que las tendencias que apuntan hacia la homogeneización social no excluyen la heterogeneidad cultural y que tal heterogeneidad es resultado de la heterogeneidad social, misma que la vida en la ciudad tiende a ocultar en una aparente homogeneidad urbana. Pretendo plantear que la diversidad de formas de existencia de la clase obrera, que habita en el norte de la ciudad de México, da lugar a una condición urbana diferenciada y que pocas veces se repara en ello cuando se hacen generalizaciones sobre grupos sociales o sociedades enteras. Esto supongo, permitirá replantear, matizar y problematizar las generalizaciones que usualmente se hacen sobre las sociedades latinoamericanas y sobre las clases sociales que las forman.<sup>1</sup>

La vida contemporánea sin duda descansa sobre la existencia de un sector de la sociedad que ha sido especializado, de por vida, para producir —masivamente— los bienes, valores y servicios que son demandados por la sociedad. Para que exista este tipo específico de seres la sociedad ha debido dividirse en clases sociales que tienden a reproducirse y perpetuarse, aunque sufriendo profundas y severas transformaciones. El mundo del trabajo —es decir el de la producción material— tiende a "estandarizar" las ocho horas que debería normalmente durar la jornada y de esta presunta estandarización analistas, militantes políticos y sindicalistas han partido para elaborar distintos programas, diagnósticos y propuestas.

Como bien se sabe, la industria es algo más que procesos económicos o tecnológicos. En efecto, las primeras reflexiones científicas sobre la naturaleza de la industria moderna sin duda se las debemos a Marx. Y a partir de ellas —sin que estuviese en Marx mismo— se ha abusado en el análisis estrictamente económico o, peor tecnológico, de los procesos de industrialización. Sin embargo y por su parte, las distintas sociedades han desarrollado diferentes formas de vida industriales que se han "montado" sobre matrices culturales preexistentes dando origen a formas "híbridas" de cultura que en sí mismas portan una tensión entre la modernidad y la tradición. Ante esta evidencia las preguntas que se antojan hacer desde una perspectiva antropológica consisten en saber si existen formas o modos de vida, visiones del mundo, o culturas propiamente urbanas e industriales; en segundo lugar, indagar cuál es el peso de la modernidad y la tradición en ellas y, finalmente,

\* Profesor-investigador del Departamento de Antropología, UAM-I.

cuál es la resultante de este encuentro (cfr. Bartra 1987, Bonfil 1989, García Canclini 1989 y 1990 y Villoro 1990).

En la sociedad urbano-industrial contemporánea, donde se ha inventado el trabajo en cadena (encadenado) para aumentar la productividad, también se ha inventado la noción del tiempo "libre" (de trabajo, desde luego) y el ocio, el cual aparece para una parte de la sociedad (e incluso en algunos casos a sociedades enteras) como un problema social más; en esta sociedad el trabajo ha dejado de ser una actividad constitutiva de esencia humana para convertirse en un *ethos* (cfr. Geertz 1987: 118-130). De esta evidencia se ha deducido, un tanto apresuradamente, que estas sociedades urbano-industriales, que se han montado sobre el desarrollo en una escala sin precedente del individuo, tienden a liquidar muchos de los valores y estructuras que hacían viable la vida en las pequeñas comunidades preindustriales, tales como las familias extensas, con sus redes de reciprocidad y otras instituciones y prácticas sociales por medio de las cuales el individuo podía recrear su subjetividad utilizando distintas instancias culturales que ritualmente resolvían los distintos conflictos, facilitaban los pasajes, asignaban los roles, en suma establecían la sociabilidad en el mundo individual, dándole un sentido a la vida. Por tanto, se ha concluido también, que en relación a las antiguas comunidades homogéneas o corporadas existe una gran distancia cultural con las modernas sociedades urbanas, estratificadas y secularizadas de la era industrial. Del mundo rural y étnico preindustrial a la sociedad de masas hay una gran diferencia en el tipo y calidad de la vida que tiende a ser construida sobre todo de manera urbana.

Tradicionalmente la antropología y la etnología habían dejado como un espacio exclusivo de la sociología el mundo del trabajo industrial y las formas de vida y procesos sociales propiamente urbanos. Sólo hasta fechas relativamente recientes, en la medida en que esas formas de vida urbano-industriales modernas han tocado —liquidando— al antiguo mundo de las sociedades tradicionales o bien han obligado a los sujetos de estudio tradicionales de la antropología a migrar a centros urbanos o industriales, las sociedades complejas se convirtieron en objeto de análisis antropológico; el mundo del trabajo industrial y la ciudad misma han sido recuperados y se han convertido en objeto de revalorado interés por parte de la antropología.<sup>2</sup>

La investigación de la que es resultado lo que aquí presento cuenta, entre otros antecedentes, con previas y distintas experiencias particulares de investigación antropológica, efectuadas en distintos contextos urbano-industriales de nuestro país;

particularmente del trabajo de campo realizado en distintos ámbitos del área metropolitana de la ciudad de México (Azcapotzalco, Ecatepec, Tlalnepantla); así cuenta también con distintas salidas exploratorias a poblaciones limítrofes, aún no plenamente integradas a la ciudad (Mixquic), y recorridos por distintas zonas habitacionales —de alta densidad obrera— en otros lugares de la ciudad de México.<sup>3</sup> En estas investigaciones el análisis estuvo orientado a recuperar la condición obrera, primero en el proceso laboral mismo, en la fábrica, en el momento del trabajo; después de vistas las limitaciones de esta sola dimensión, para explicar las prácticas culturales de la clase obrera, se abordaron distintas formas de organización obrera (estructuras sindicales y procesos de lucha obrera) en las que sin duda había implícito un deseo de encontrar formas esenciales de la existencia obrera. Finalmente en la medida en que para construir marcos explicativos sobre la condición obrera no bastaba recuperar las dos instancias anteriores —trabajo y organización sindical— fue necesario incursionar en el conocimiento y problematización de las condiciones de vida y existencia de sectores proletarios que viven en la ciudad.<sup>4</sup>

Un hallazgo importante de estas indagaciones, para efectos de este trabajo, consiste en que se pudo reconocer e identificar empíricamente distintas formas de existencia obrera dentro de la ciudad. Darnos cuenta que no da lo mismo vivir en una unidad habitacional, que en una antigua colonia popular, en un fraccionamiento de reciente urbanización, en un pueblo absorbido por la ciudad o en un asentamiento irregular. Más tarde también constatar que tampoco da lo mismo vivir en una ciudad industrial de reciente creación, que en una "ciudad media", o hacerlo en una "megalópolis" como lo es el Distrito Federal y su área conurbada. Todos estos ámbitos dan existencia a una condición urbana diversificada en una o varias ciudades y nos permiten plantear la hipótesis de que asistimos al proceso de constitución de distintas experiencias urbanas de la clase obrera, que coexisten en una misma ciudad o a lo largo del sistema urbano nacional.

En efecto, creemos que las formas de vida urbana que históricamente se han dado en las áreas centrales de la ciudad de México, pueden ser distintas a aquellas que se generan en la periferia metropolitana y que estas nociones —zona central y periferia— serán sujetas siempre a una redefinición que es dada, más que por la geografía y arquitectura urbanas, por el conjunto de relaciones sociales que dan estructura a la ciudad y que son estructurantes de su vida urbana. El territorio, sin duda siempre es socialmente construido y en él la perifерización no sólo es geográfica sino también social.

Sin embargo y no obstante las diferencias que puedan localizarse, en las distintas formas de vivir la experiencia urbana por diferentes clases y grupos sociales, sabemos también que la ciudad es compartida, usada, consumida comúnmente —aunque de manera diferente— y ello da lugar a que en un primer nivel la experiencia urbana aparezca como un conjunto de rasgos que son el resultado de una experiencia propiamente urbana y específica de la ciudad. Es decir, la experiencia metropolitana es identificable por los rastros que deja vivir en ésta y no en otra ciudad. Sin embargo tal especificidad no impide ver la generalidad de los procesos y experiencias. Es decir, no creo que la especificidad de los procesos particulares nos impida intentar algún tipo de generalización (cfr. Geertz 1987).

Por otra parte, también es de sobra conocido que esta ciudad representa, en una escala sin precedentes, el resultado de un proceso de desarrollo social nacional que concentró y centralizó en unos relativamente pocos kilómetros cuadrados un conjunto impresionante de indicadores, de toda naturaleza, que dan cuenta de las relaciones asimétricas que mantiene esta ciudad con el resto del país. Sin duda esta ciudad, como pocas en el país, sintetiza las contradicciones de nuestra sociedad, pero también en ella son observables muchas de las formas, más imaginativas, para solucionarlas. La ciudad, ha afirmado la sociología urbana norteamericana, es la sede por excelencia de la heterogeneidad social y según otras perspectivas teóricas (Lechner, Kemper, Roberts) asistimos a procesos de desurbanización en las metrópolis latinoamericanas que han tenido un crecimiento y desarrollo urbano distinto a "suburbanización" de las ciudades de los países centrales.<sup>5</sup> Sin duda este énfasis subraya la heterogeneidad urbana. Por otra parte ha surgido también la hipótesis de que, ante los procesos de heterogeneización y diversificación que implica muchas veces la sola "escala" de la

ciudad moderna, los medios de comunicación electrónicos devienen en reformuladores del sentido de la vida citadina y a partir de ellos se evita la disgregación de la vida urbana, de hecho son parte central de la cotidianidad de las ciudades.

La ciudad de México ha sido, sin duda y literalmente, construida por los trabajadores que en ella han habitado, sin embargo, al mismo tiempo ha representado para ellos la paradoja de ser una ciudad que socialmente les ha sido expropiada y en la que han debido ubicarse y habitarla de manera diferenciada. Algo que es importante señalar es que en la ciudad de México, aunque la clase obrera vive diferenciadamente, no lo hace de manera segregada en ghettos clasistas por los que pasan distintas generaciones obreras como ha sido la experiencia de otras latitudes europeas; la versión mexicana actual del barrio obrero en la ciudad de México no conserva la homogeneidad clasista que pudo haber tenido a principios de siglo.<sup>6</sup> Por ello podemos afirmar que la ciudad no es homogénea y en ella se expresan y reproducen las desigualdades sociales que históricamente han sido configuradas; en ella coexisten distintos sectores y clases sociales. Por ello no planteamos la existencia de una forma única de cultura y condición urbana para la clase obrera metropolitana; asumimos que el terreno cultural está teñido de tensiones (cfr. Bourdieu 1990, Geertz 1987, Williams 1981) y que éstas tienen su eficacia en la heterogeneidad de los modos de vida urbanos que la clase obrera ha desarrollado.

La ciudad de México es el resultado de un proceso histórico y social por medio del cual distintos sectores sociales la han construido, material y simbólicamente; en ella existe un ámbito, específicamente cultural donde se manifiestan un conjunto de prácticas sociales individuales y colectivas, que se desenvuelven en espacios públicos y privados. Frente a planteamientos teóricos que suponen unilateralmente que la experiencia de la vida urbana se traduce únicamente en segregación espacial, anomia y disgregación social, nosotros proponemos que dondequiera que haya opresión existirá la resistencia y por ello planteamos la posibilidad de que en el terreno propiamente cultural existen un conjunto de prácticas sociales e instancias de socialización que tienden a preservar la identidad grupal, vecinal, barrial (¿de clase?) en las que puede ser resocializado el habitante urbano y donde pueden ser resignificadas sus experiencias cotidianas. La ciudad de México —que presume de ser la más grande del mundo— ha sido el escenario donde se han desarrollado distintas formas de construcción social e histórica, distintos mecanismos de apropiación y significación cultural y, finalmente por ello, ha sido investida de significa-



dos y representaciones, por medio de procesos de elaboración simbólica. Sus espacios urbanos han sido llenados de contenidos y significados culturales por una población que es capaz de apropiarse de ellos y que frente a un proceso de privatización de la vida, equipamientos y servicios urbanos, puede reinventar "lo público" ahí donde aparentemente es menos visible en la vida urbana.

Por otra parte los distintos medios electrónicos de comunicación, así como las nuevas tecnologías informativas, modifican y aparentemente tienden a homogenizar la vida y aspiraciones de la población en general. Sin embargo la heterogeneidad urbana subsiste y frente a ella es legítimo preguntarnos si las ciudades tienden a configurar un tipo específico de vida, si existe algo que genéricamente puede ser llamado cultura urbana y, finalmente, si esta heterogeneidad urbana, en su conjunto, es susceptible de algún tipo de abordamiento antropológico —es decir holístico.

Sin duda las ocho horas que diariamente debe durar la jornada laboral obrera si bien pueden ser suficientes para garantizar una adscripción económica a la clase obrera, en el contexto urbano no resultan suficientes para darle a tal clase la necesaria homogeneidad de existencia en la ciudad. Como veremos en el siguiente apartado, la propia ciudad, sus distintos nichos urbanos, le imprimen a la clase una condición particular.

## II. Evidencia empírica encontrada

En esta segunda parte del trabajo se pretende presentar de una manera descriptiva, y todavía no conclusiva un conjunto de primeras observaciones realizadas en tres distintos *hinterlands* de la ciudad de México donde la densidad obrera de la población resulta relevante y donde también se pueden identificar usos diferenciales de la ciudad, de sus equipamientos y oportunidades que están asociados al trabajo industrial, al género y al grupo de edad, cabe señalar que todos son asentamientos cercanos a uno de los parques industriales más importantes del país: La Zona Industrial Vallejo y que los obreros residentes son en más de su mitad originarios de la propia ciudad y llegan a representar hasta una cuarta generación de trabajadores de la industria de la transformación.

### *La colonia proletaria de corte tradicional*<sup>7</sup>

Este tipo de colonias son comunes en prácticamente toda la ciudad; su origen coincide con la expansión



de la mancha urbana original y con el desbordamiento del antiguo centro de la ciudad de México de los límites que mantenía hasta la segunda década de este siglo; están ubicadas en la periferia del centro mismo y han alcanzado a incorporarse de una manera plena a la retícula urbana. De hecho ahora forman parte de la ciudad central. Generalmente poseen todos los servicios urbanos y en ellas un patrón característico de la residencia obrera lo constituye además de la pequeña casa, propiedad de la familia obrera, el asentamiento estudiado por la antropología conocido como *vecindad* (cfr. Lewis 1957, 1959 y Lomnitz 1975).

En este tipo de lugares el trabajo industrial y la vida extralaboral mantienen un metabolismo que se refleja en los ritmos de la actividad urbana: en las mañanas es perceptible cómo la vida de la calle cambia de usuarios dependiendo de los horarios del trabajo (generalmente masculino), las mujeres (esposas, madres o hijas del trabajador) organizan su vida en función del horario del trabajo del obrero hombre y también en relación al calendario y jornada de la escuela de los niños pequeños. Los desplazamientos de estas mujeres por la zona de residencia se dan en un radio pocas veces superior a los 3 km. Las esposas de los trabajadores y muchas obreras jefas de familia, utilizan el entorno inmediato a la vivienda de una manera intensiva para resolver la mayor parte de sus necesidades cotidianas de abasto, educación, información, educación e incluso trabajo domiciliario. Sin embargo, y no de manera excepcional, incursionan en el relativamente cercano centro de la delegación para adquirir ropa, calzado, muebles, pagar abonos de aparatos electrodomésticos o simplemente pasear, y más eventualmente dirigen sus pasos al centro histórico de la ciudad de México que les queda más o menos a una hora de camino usando el transporte público disponible.

Por el contrario, los obreros y obreras jóvenes, que viven en la zona, normalmente evaden este tipo de constricción en el uso del espacio urbano y esta libertad para desplazarse los lleva hacia la ciudad en su conjunto, aunque tienden a concentrarse en las inmediaciones de su lugar de residencia. En estos espacios la calle es un lugar de encuentro, de esparcimiento, de refugio del tedio doméstico; es el lugar por excelencia del deporte de la amistad con otros miembros de su grupo de edad y sexo y el de la rivalidad con grupos de edad homólogos no afines, el espacio público que representa la calle es sin duda un lugar donde la vida doméstica adquiere una dimensión social y donde la ciudad adopta para ellos su rostro más cotidiano.

Dependiendo del tipo de vivienda y del tamaño de la familia que la habite, la vida puede concentrarse también en el dormitorio del joven o bien en las áreas comunes de la vivienda (patios, lavaderos, azoteas, pasillos, etc.). Las pequeñas tiendas del barrio constituyen un excelente lugar de reunión para pasar el rato, tomar una cerveza, platicar sobre deportes, conseguir y/o cambiar de trabajo, y en no pocas ocasiones para conocer y establecer relaciones afectivas con miembros del sexo opuesto.

La ciudad para ellos representa un abanico de oportunidades y de actividades. Así ésta constituye, además del lugar del trabajo, el lugar del esparcimiento y de la socialización; la única limitante que muchos de ellos conocen y padecen, sin duda lo constituye su escasez permanente de recursos económicos para hacer un uso intensivo de ella. Sin embargo tal ciudad es el lugar de las tocadas de rock, el lugar del baile popular (los tibiris, los hoyos, etc.), de los salones de baile, de los cines, del estadio de fútbol, la ciudad es en suma un mundo por explorar. Es interesante señalar que en el caso de las obreras jóvenes o de las hijas de los trabajadores, muchas de las restricciones genéricas no operan mientras permanecen solteras.

Los obreros y obreras maduros (generalmente cabeza de familia) utilizan fundamentalmente el espacio urbano de distinta manera que las esposas e hijos de trabajadores y que los obreros (as) jóvenes: para ellos la vivienda, aunque como bien se sabe es la sede por excelencia del trabajo doméstico, es decir de la famosa "doble jornada", también representa el lugar del descanso; el mundo del no trabajo industrial compulsivo, un espacio donde pueden recuperarse a sí mismos y desplegar un ámbito de su existencia que en el trabajo asalariado casi siempre aparece como reprimido: lo subjetivo, lo privado. Es un territorio donde ellos son lo más importante. Para ellos la vivienda constituye además un objetivo del trabajo: se trabaja para poder vivir, y para poder vivir, se

debe poseer una vivienda.<sup>8</sup> La calle inmediata a la vivienda representa en muchas ocasiones un mundo hostil del que deben ser salvaguardados los hijos, las mujeres y en general la familia. También, y esto dependiendo de si constituyen antiguos pobladores de la localidad urbana, o incluso si son una segunda generación, la calle puede ser un lugar de encuentro, de trabajo, de adquisición de información, en suma un lugar donde se despliegan distintas formas de socialización con los vecinos quienes, aunque en una gran mayoría son obreros, pueden en muchas ocasiones ser ajenos al mundo de la fábrica donde se trabaja.

Sin embargo, para los obreros varones y maduros la ciudad —ese espacio más amplio que el barrio familiar— adquiere otra dimensión que no conocen los otros miembros de la familia: es el espacio del ocio con los amigos, es el lugar donde se puede explorar la vida para ejercer las actividades genéricamente masculinas: jugar distintos deportes, tomar alcohol en compañía de amigos (del trabajo o no), cortejar otras mujeres, etc. La ciudad que conocen no se reduce a los límites del trayecto entre su casa y el lugar del trabajo; un obrero maduro normalmente conoce distintos atajos para moverse en la ciudad según sean las actividades que pretenda hacer; la ciudad además de un lugar para el ocio es también un lugar para el abasto. Estos obreros conocen distintas opciones de compra para los más disímiles objetos, saben donde se pueden adquirir distintos productos o servicios a precios más bajos; en caso de no saberlo están dispuestos a recorrer la ciudad para aprenderlo.

Los niños hijos de estos hogares proletarios, sin duda son los que usan con mayor intensidad tanto el espacio doméstico como el público inmediato al entorno familiar; ellos, al igual que jóvenes adolescentes, utilizan la calle como un lugar donde lo lúdico adquiere su máxima expresión, aquí además de efectuar distintos trabajos, juegos infantiles y deportes se encuentran las Casas de Chispas (locales con videojuegos) donde es factible demostrar las destrezas adquiridas; también es el lugar de la socialización extraescolar; es el lugar donde se aprenden roles sexuales y se establecen identidades grupales primarias y elementales. La casa para ellos puede representar el mundo del encierro (doméstico, similar al de las madres y otras mujeres).

#### *El viejo pueblo urbanizado y/o absorbido por la ciudad*<sup>9</sup>

En los pueblos urbanizados o de reciente integración a la trama urbana la vida social es muy similar a la

descrita en el apartado anterior; sin embargo hay un conjunto de rasgos que nos parecen importantes de singularizar:

Los asentamientos normalmente son muy antiguos y ello ha significado que la vida comunitaria existiese de una manera mucho más intensa desde antes de que físicamente fuesen tocados por la ciudad. Esto quiere decir que en sus formas de vida los valores comunitarios de una pequeña comunidad corporada de alguna manera subsistieron en un nuevo contexto de actividad propiamente urbana e industrial. Pero esa subsistencia no se da lisa y llanamente sin problemas; algo que es digno de considerarse es que antiguas estructuras e instancias que vertebraban la vida comunitaria subsisten transformándose en la nueva situación urbano industrial. Tal es el caso de las estructuras religiosas y barriales; en ellas la vida comunitaria sigue encontrando un aliento muy importante y desde luego la clase obrera participa de una manera significativa en todos los aspectos de su ritualidad.

Por otra parte, en la medida en que la vida comunitaria original no necesariamente descansaba sobre economías domésticas urbanas, las formas de vida material y las estructuras de valores suelen estar impregnadas todavía de una cierta ruralidad: es común ver que la gente en estos pequeños pueblos urbanizados arregle su ciclo de vida conforme a las campanadas de la iglesia local; el tiempo sigue manteniendo un ritmo tradicional donde las fiestas religiosas del barrio y del pueblo, así como las festividades civiles, escolares y familiares le dan sentido al año. Es paradójico observar en estos pueblos como se superponen, en algunos casos con los silbidos que anuncian los distintos turnos de las fábricas, los sonidos de las campanas y de algunos animales como vacas y gallinas que todavía se conservan. Al lado del trabajo domiciliario extendido en las zonas proletarias es factible encontrar actividades económicas más cercanas a la vida rural como la crianza de animales, la molienda del grano para realizar masa (y posteriormente en no pocos hogares proletarios, tortillas), o incluso el cultivo de ínfimas superficies agrícolas, que milagrosamente han subsistido envueltas en un ambiente de actividades urbanas industriales.

La vida social que realizan los distintos grupos de edad y género proletarios que habitan estos pueblos, tiende a ser similar a la descrita en el apartado anterior, pero es factible encontrar que operan restricciones más severas con las mujeres y los niños. La calle es fundamentalmente un sitio de ritualidad comunitaria, de transporte y también de socialización, pero en la medida en que la angosta y no pocas veces errática traza pueblerina no facilita el tráfico

vehicular urbano, la vía pública adquiere otros ritmos distintos a los de la colonia popular; los deportes que se practican en ella normalmente no son los mismos que los de cualquier colonia popular: prácticamente están ausentes el béisbol y el fútbol americano. Se permite el soccer y en general juegos infantiles tradicionales que ya casi no se observan en la ciudad y que, hipotéticamente consideramos se han podido conservar en este tipo de espacios.

La iglesia y las pequeñas misceláneas juegan un papel importante en la socialización de los adolescentes a diferencia de los otros lugares de los sectores proletarios. Las mujeres, a diferencia de las de las colonias populares proletarias resuelven en los límites del pueblo su vida diaria y sólo de manera excepcional salen de ella y casi siempre acompañadas del hijo pequeño o de otra mujer con la que pueden o no estar emparentadas.

Por otra parte, una diferencia importante que fue encontrada entre el grupo de obreros varones maduros consistía en que en éste era común algún tipo de apoyo a las actividades comunitarias relevantes de la religiosidad popular: se apoyaba la organización de los festejos, donando dinero, tiempo, actividades, trabajos específicos y materiales. Otra diferencia significativa consistía en el reconocimiento que los mismos obreros hacían entre los "nativos" del pueblo —que son conocidos y reconocidos por todos— y los "recién llegados" que pueden tener antigüedades en la localidad superiores a 15 años, pero para efectos del sistema clasificatorio local, son muy distintos que los nativos (con sus derechos y deberes "naturales"); las viviendas de los nativos normalmente están instaladas en un gran solar de propiedad familiar que ha sido subdividido para atender las necesidades de habitación de la familia extensa; las de los avecindados suelen ser cuartos de vecindad que se rentan.

Sin embargo no quisiéramos dejar la impresión de que estas formas de vida (¿urbanas?) son las dominantes en la ciudad; en realidad la minoría de los obreros viven en este tipo de asentamientos. Si bien en otras partes del país se podría hablar de una especie de condición pueblerina de la clase obrera, me parece que ahora no resulta petulante empezar a hablar no sólo ya de una condición urbana de la clase, sino de la condición metropolitana del proletariado que vive, labora y lucha en la ciudad de México y su área conurbada.

#### *El conjunto multifamiliar de alta densidad obrera*<sup>10</sup>

Un tipo de alternativa para adquirir vivienda en la ciudad de México muy importante para los obreros, ha sido el organizado por el Estado a través del

Instituto Nacional para el Fomento de la Vivienda de los Trabajadores (INFONAVIT), institución que desde la década de los setenta es la principal constructora de grandes unidades habitacionales para los trabajadores. Sin embargo estos conjuntos de edificios, al igual que otro tipo de alternativas que hacen un uso intensivo del espacio urbano pueden propiciar un ambiente de gran masificación y anonimato en las relaciones sociales; sin embargo, dado que en estas unidades el contenido clasista es el más alto, de manera hipotética nos atrevemos a afirmar que en el Rosario se dan un conjunto de prácticas sociales clasistas que le imprimen un sello característico a la vida social. En efecto, en la medida en que para ser "sujeto de crédito" las instancias gubernamentales fijan una serie de requisitos comunes y mínimos a la población trabajadora finalmente beneficiada por estas políticas, en su origen estos asentamientos tienden a ser muy homogéneos en el perfil sociodemográfico de sus habitantes, y en la medida en que pasa el tiempo tiende a haber una mayor heterogeneidad.

Así la población obrera a la que tuvimos acceso durante el estudio estaba conformada básicamente por miembros de algunos sindicatos o centrales obreras importantes a escala nacional y por un cierto grupo de edad y perfil sociodemográfico común: las familias se encontraban en una etapa reproductiva, el jefe de familia casi siempre era hombre de entre 25 y 30 años y su mujer un poco menor, los hijos eran en su mayoría no más de 3 y todavía eran muy pequeños y preescolares; esto daba un perfil de comportamiento social bastante estandarizado: el hombre normalmente era el único aporte económico familiar, la mujer casi nunca trabajaba y estaba dedicada fundamentalmente al cuidado de los niños y a las labores del hogar.

Algo que es digno de señalarse en estos hogares proletarios es la poca recurrencia encontrada en comportamientos no convencionales o conductas disipadas en los jefes de familia; tal parece que el ciclo familiar y la estandarización operada por la selección de los habitantes hace de este conjunto de familias un grupo relativamente bien integrado a la forma de vida urbano industrial y bastante acrítico de la sociedad capitalista industrial de la que es parte fundamental; cierta información disponible nos permite aventurar la hipótesis de que la estructura de valores que subyace en las vidas de estas familias es perfectamente funcional con la situación del trabajo asalariado industrial y que se acompaña de una reproducción de los roles sexuales más convencionales.

Por su forma de vida, aspiraciones e ideología muchas veces resulta difícil distinguir a estas familias obreras ascendentes socialmente de otros sectores medios que habitan comúnmente este tipo de

asentamientos. Sin embargo, por medio de entrevistas profundas y de observación directa ha sido posible identificar en sus vidas la importancia que la noción del trabajo adquiere y que parece distinta a la que portan otros sectores proletarios. En efecto, aquí el trabajo no es valorado como un mero instrumento que permite vivir, sino como una parte fundamental de la vida. El éxito laboral se mide en los bienes que el salario permite adquirir y en la posible realización de las expectativas que los padres tienen sobre el futuro de los hijos. A estos, por cierto, se les socializa en una especie de "ética protestante" (cfr. Weber) que asigna al trabajo, al empeño individual y al ascetismo un papel central en sus sistemas de valores y códigos de conducta.

Paradójicamente aquí es donde menos se encontró el deseo de seguir siendo obreros en futuras generaciones, y también aquí se encontró la situación económica más precaria que en los otros tipos de asentamientos obreros. Esto último se explica en virtud de que estas familias son básicamente nucleares con un solo ingreso económico y con grandes deudas entre las que pueden estar el pago mismo de la vivienda y en no pocas ocasiones de un auto y distintos aparatos electrodomésticos.

En la medida en que el traslado a este lugar no fue un acto volitivo sino más bien producto de una especie de azar social, las relaciones sociales originales en el lugar de asentamiento anterior fueron rotas y con mucha precariedad en algunos casos se mantienen. Es notable por cierto que aunque de manera incipiente muchas mujeres se quejaban de la dificultad para restablecer una red de relaciones sociales (parentales y vecinales) que les facilitara la vida. Para ellas —las más jóvenes sobre todo— la ciudad repentinamente se disminuía en su oferta de actividades y oportunidades; estas jóvenes esposas de trabajadores se quejaban de lo limitado de su existencia encerradas entre las cuatro paredes de un departamento pequeño; alejadas de sus familias de origen y antiguas amistades; forzadas a vivir entre extraños. Sin embargo encontramos también un enorme esfuerzo por tejer una nueva red de relaciones sociales que les aligerase no sólo el trabajo doméstico, sino también la vida.

Los hombres por su parte, como ya habíamos señalado viven un mundo bastante rutinario entre el trabajo y la casa; la ciudad para ellos ha dejado de ser, como muchos reconocieron que era antes del cambio de domicilio y/o matrimonio, un mundo por explorar; ahora están concentrados en su familia y las actividades que desarrollan fuera de la unidad habitacional los lleva a utilizar los distintos equipamientos urbanos cercanos para el esparcimiento: cines, parques, centros comerciales a los que se asiste no sólo para el

abasto sino como paseo con sus hijos pequeños. El deporte juega una parte importante de estos jóvenes jefes de familia, así, muchos fines de semana la televisión y/o alguna cancha cercana en el Deportivo Reynosa representan una posibilidad de evadir el circuito trabajo-casa-trabajo o si se quiere casa-trabajo-casa.

Por último, los niños en su mayoría aún muy pequeños no tienen todavía la autonomía suficiente para siquiera evadir el cerco doméstico en que están confinados; sin embargo (y esto es observable en otras unidades habitacionales antiguas y en edificios que corresponden a las primeras etapas constructivas de la unidad habitacional), se puede observar que los mayores e incluso los adolescentes que viven en esos otros lugares, pueden recuperar los espacios públicos de la unidad habitacional para actividades similares a los de sus congéneres vecinos de las colonias proletarias antiguas.

### III. Comentarios finales

Como se puede apreciar de esta primera impresión etnográfica la clase obrera y sus prácticas culturales y urbanas no son homogéneas. En efecto es factible construir y sostener la hipótesis de que la cultura obrera en la ciudad adquiere una conexión natural con aquella de otros sectores populares y medios. De igual manera la ciudad no representa lo mismo para una clase social. Su experiencia urbana está regulada por el grupo de edad, el tipo de asentamiento, el género y la experiencia de vida urbana en la generación anterior.

Las redes de relaciones sociales son —algo más que mera estrategia de subsistencia material— los medios en los cuales está tejida una densa red que ata la cotidianidad laboral (del mundo del trabajo) con otros tipos de cotidianidad, prácticas y representaciones sociales que existen fuera de él. La subjetividad tiene su propio peso en distintos ámbitos: la casa, la colonia, la unidad habitacional, el pueblo; en suma en la ciudad. El mundo del trabajo, del sindicato, de la familia, de la vivienda, de la ciudad son sin duda ámbitos donde la cultura puede y debe ser abordada por medio de la identificación y explicación de las distintas prácticas y procesos culturales que implican las distintas experiencias urbanas.

Es en este contexto que planteamos la hipótesis de que en la ciudad de México y en su zona conurbada, existen distintas formas, fragmentadas, excluyentes, segregadas de vivir, representar, y construir la experiencia urbana y que estas formas aunque diversas y pluriclasistas se tejen en un conjunto de prácticas sociales y formas de representación simbó-

lica que son construidas y compartidas socialmente por los habitantes urbanos, quienes al hacerlo le devuelven, por así decirlo, su unidad a la ciudad. Todo esto nos permite decir que la ciudad no es usada de igual manera por una clase social, por más homogénea que nos parezca, ante una simple reflexión económica que le asigna el papel de fuerza de trabajo. Sin duda la condición urbana de las distintas clases sociales que están presentes en la ciudad de México es distinta y el ámbito urbano mismo representa la posibilidad de articular distintas ciudades que socialmente han sido construidas de manera diferencial por una sociedad que no termina por asumir su estado urbano.

Al iniciar la década de los noventa es evidente que para estudiar los distintos fenómenos imbricados en la ciudad y la industria se hace necesario abandonar un enfoque sobre la realidad que sea exclusivamente económico, sin duda los procesos económicos tienen su eficacia en cualquier tipo de ciudad y ellas —además de síntesis de las contradicciones sociales— son por excelencia la sede del proceso de toma de decisiones e instrumentación y ejecución de medidas e iniciativas económicas que rebasan a la propia ciudad; pero ésta es algo más que simple actividad productiva es, puede ser —para decirlo en términos de Wirth— un modo de vida. Propongo reconocer la influencia que ejercen el ámbito laboral, la condición industrial de la ciudad misma, sobre la vida urbana de los distintos sectores de la población que la habitan.

Desde esta perspectiva no sobra reiterar que es importante no sólo entender la dimensión social de los fenómenos urbanos, sino también debemos atenderla en su subjetividad, es decir la experiencia que significa vivir cotidianamente la recuperación de una ciudad que constantemente aparece como expropiada, como ajena, como un medio hostil para la vida humana, en la cual se produce, por medio de *habitus*, un *ethos* en el que el trabajo, el espacio y el tiempo le dan sentido a la experiencia urbana en una babel donde coexisten el patrón y el obrero, el ladino y el indígena, los hombres y las mujeres, los adultos y los niños, para quienes la experiencia urbana no representa lo mismo.

### Notas

<sup>1</sup> Este trabajo se elaboró como parte del proyecto Trabajo industrial y condición obrera en el valle de México, de la UAM-I; pudo terminarse gracias al apoyo que recibí del CONACULTA para el proyecto Lo metropolitano y lo periférico: la experiencia urbana.

<sup>2</sup> La experiencia mexicana, sin duda es singular, tanto por su origen como por las preocupaciones, posturas teóri-

cas e ideológicas que la orientaron en el conocimiento del mundo industrial (cfr. Nieto 1988a). Como ejemplos de esa experiencia en la antropología y sociología cultural de habla inglesa en el conocimiento del mundo industrial pueden verse: Hoggart 1990, Burawoy 1979, Holzberg & Giovannini 1981 y Kaferer 1972 y 1975. Un buen ejemplo de la orientación de la etnología francesa contemporánea en estos campos lo constituye el trabajo de Weber 1989.

<sup>3</sup> Estas experiencias personales se dieron en el contexto de varias investigaciones realizadas, con otros antropólogos, en el CIS-INAH/CIESAS y posteriormente con colegas y alumnos del Departamento de Antropología de la UAM-Iztapalapa.

<sup>4</sup> Entre los principales resultados están: Lozano 1986, Navarrete 1985, Nieto 1988a, 1988b, 1989, 1990, 1991, 1992a y 1992b, Nieto y Lozano, 1987 Nieto y Sánchez 1991, Sánchez Morales 1990, Sánchez Rivera 1988.

<sup>5</sup> Algo que ha sido estudiado por las ciencias sociales y reconocido como específico es la forma en que hemos construido las periferias urbanas. En la hipótesis general de una vida urbana paradójicamente cada vez menos urbanizada, o cada vez más desurbanizante (perdón por el barbarismo) en la medida del retraimiento de lo público hacia lo privado creo que existe un peligro: pudiese en ella subyacer una imagen etnocéntrica que valora positivamente el espacio público frente al privado según ciertos estándares de calidad y tipo de vida. Y con esto creo que no podemos estar de acuerdo: para decirlo en otros términos —recurriendo a un cierto relativismo cultural y posmoderno— creo que la ciudad es tan urbana como puede ser y no necesariamente como quisiéramos que fuera.

<sup>6</sup> Para el caso italiano pueden verse los ejemplos de barrios obreros en Levi *et al.* 1981 y para el caso británico Hoggart 1990.

<sup>7</sup> El área sujeta a observación intensiva la constituyeron las colonias: Prohogar, Obrero Popular y Trabajadores del Hierro y el Acero de la delegación de Azcapotzalco, donde según cifras censales más de la mitad de sus habitantes tenían una relación directa con el empleo industrial.

<sup>8</sup> Un reciente trabajo que recupera los distintos mecanismos de que dispone la clase obrera para acceder a la vivienda es el de Bazán 1991, otro que también estudia la vivienda en Azcapotzalco es el de Connolly 1982.

<sup>9</sup> Las observaciones que se señalarán fueron efectuadas en distintos pueblos tradicionales: Santiago Ahuizotla y San Pedro Xalpa, ambos pueblos de la delegación de Azcapotzalco que fueron alcanzados por la mancha urbana a finales de los 70's y que para las fechas de la investigación ya se encontraban articulados a la ciudad de una manera homogénea y con buena parte del equipamiento urbano (al igual que los casos anteriores su densidad obrera los hizo de interés para el estudio). Mixquic, de la delegación de Tláhuac, fue otro pueblo que fue observado por medio de trabajo de campo: en él la gran mayoría de sus habitantes, según censo efectuado *in situ*, eran obreros; sin embargo presentaba condiciones muy distintas a los anteriores: todavía no ha sido

orgánicamente incorporado a la ciudad; queda al extremo sur de la ciudad de México, no en un entorno fabril sino entre chinampas y formando parte de la frontera agrícola del D.F.

<sup>10</sup> Los conjuntos de edificios multifamiliares que fueron objeto de observación en la delegación de Azcapotzalco fueron la Unidad Habitacional el Rosario, con más de 60.000 habitantes y donde prácticamente todos con jefe de familia eran obreros en activo o desempleados en el momento de la investigación, y en menor medida la Unidad Habitacional Tlatilco, mucho más antigua y donde al parecer la clase obrera no es la mayoría, ya que han pasado varias generaciones y el efecto de la movilidad ocupacional y social se ha dejado sentir. Un trabajo que señala, al igual que el presente trabajo, las diferencias entre el barrio y el multifamiliar es el de Bazán y Estrada 1992.

## Bibliografía

- BARTRA, Roger  
1987 *La jaula de la melancolía*, México, D.F., Grijalbo.
- BAZÁN, Lucía  
1991 *Vivienda para los obreros. Reproducción de clase y condiciones urbanas*, México, D.F., CIESAS.
- BAZÁN, Lucía y Margarita Estrada  
1992 "Vivir en el barrio y en el multifamiliar" en *Nueva Antropología*, vol XII, núm 41: 145-157
- BONFIL, Guillermo  
1989 *México profundo. Una civilización negada*, México, D.F., CNCA-Grijalbo.
- BURAWOY, Michael  
1979 "The Anthropology of Industrial work" en *Annual Review of Anthropology*, núm. 8: 231-266.
- BOURDIEU, Pierre  
1990 *Sociología y cultura*, México, D.F., CNCA-Grijalbo.
- CONNOLLY, Priscila  
1982 "Un hogar para cada trabajador. Notas sobre la conformación del espacio habitacional en Azcapotzalco", A. *Revista de ciencias sociales y humanidades*, México, D.F., UAM-A: núms. 6/7, 149-192.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor  
1989 "¿Modernismo sin modernización?" en: *Revista mexicana de sociología*, UNAM, año LI, núm. 3: 163-189
- 1990 *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, D.F., CNCA-Grijalbo.
- GEERTZ, Clifford  
1987 *La interpretación de las culturas*, México, D.F., Gedisa.
- HOGGART, Richard  
1990 *La cultura obrera en la sociedad de masas*, México, D.F., Grijalbo.
- HOLZBERG S. Carol y Maureen J. Giovannini  
1981 "Anthropology and Industry: Reappraisal and New Directions" en *Annual Review of Anthropology*, núm. 10: 317-360.

- KAFERER, Bruce  
 1972 *Strategy and transaction in an african factory. African Workers and indian management in a zambian town.* England, Manchester University press.  
 1975 "Norms and the manipulation of relationships in a work context" en: *Clyde Mitchel Social networks in urban situations.* England, Manchester University Press.
- KEMPER, Robert  
 1976 *Campesinos en la ciudad.* México D.F., Sep-setentas.
- LECHNER, Norbert  
 1982 *Notas sobre la vida cotidiana I. Habitar, trabajar, consumir,* mimeo. Santiago de Chile. FLACSO.  
 1983 *Notas sobre la vida cotidiana II. Agonía y protesta de la sociabilidad,* mimeo. Santiago de Chile. FLACSO.
- LEFEBVRE, Henri  
 1976 "Los nuevos conjuntos urbanos" en *De lo rural a lo Urbano.* Buenos Aires. Ediciones Lotus Mare. 103-122.
- LEVI, Giovanna, Luisa Passerini y Lucetta Scaraffia  
 1981 "La vida cotidiana en un barrio obrero. La aportación de la historia oral" en *Culcuilco.* México, D.F., ENAH. núm. 6. 30-35.
- LEWIS, Oscar  
 1957 "Urbanización sin desorganización. Las familias tepoztecas en la ciudad de México" en *América indígena.* III, vol XVII. núm. 3: 231-246.  
 1959 "La cultura de la vecindad en la ciudad de México", en *Ciencias políticas y sociales.* UNAM, vol. V, núm. 17, julio-septiembre: 360-372.
- LOMNITZ, Larissa  
 1975 *Cómo sobreviven los marginados.* México, D.F., Siglo XXI.
- LOZANO Espinoza, Francisco Javier  
 1986 *La clase obrera no es como la pintan: un análisis de antropología de la empresa.* Tesis de licenciatura en Antropología Social, México, D.F., UAM-I.
- NAVARRETE, Emma Liliana  
 1985 *Iniciación laboral: la naturaleza del trabajo infantil en la familia obrera.* Tesis de licenciatura en Antropología Social, México, D.F., UAM-I.
- NIETO Calleja, Raúl  
 1988a "Alcances recientes de la antropología en el conocimiento de la clase obrera mexicana", en *Teoría e investigación en la antropología social mexicana.* México, D.F., CIESAS-UAM-I. Cuadernos de la Casa Chata núm. 160: 183-204.  
 1988b "¿Reconversión Industrial=reconversión cultural obrera?" en *Iztapalapa.* México, D.F., UAM-I, núm. 15: 45-52.  
 1989 "Sindicatos y empresarios de la industria de la transformación en Guanajuato: El caso de la ciudad de León" en *Alteridades.* UAM-I: 62-76.  
 1990 "Capital y trabajo en la ciudad de México: dos caras de la industrialización" en P. Arias (Coord), *Industria y Estado en la vida de México.* El Colegio de Michoacán: 481-488  
 1991a "Taylorismo y Fordismo" en *Alteridades.* México, D.F., UAM-I: 303-312  
 1991b "Antropología, ciudad e industria. Una relación que pasa por la cultura" en VV AA *Antropología y ciudad.* UAM-I/CIESAS, (en prensa).  
 1992 *Ciudad, cultura y clase obrera. Una aproximación antropológica.* Tesis de maestría en Antropología Social, México, D.F., ENAH.
- NIETO Raúl Y Eduardo Sánchez  
 1991 "A través del ojo de la cerradura: reconociendo el rostro obrero en la periferia metropolitana" trabajo presentado en el *Segundo coloquio sobre el Estado de México.* organizado por El Colegio Mexiquense y el Instituto Mexiquense de Cultura, en la Ex-hacienda de Santa Cruz de los Patos, Edo. de México. 25-27 de noviembre.
- NIETO Raúl y F. Javier Lozano  
 1987 "Isabel, S. A.. Una huelga diferente". en VV AA, *Historias del Sindicalismo Mexicano.* México, D. F., Ediciones de Información Obrera, 1-14.
- SÁNCHEZ Morales, Eduardo  
 1990 *Aquí morimos... pero no corrimos. Una monografía de los obreros de Aceros Ecatepec.* Tesis de licenciatura en Antropología Social, México, D.F., UAM-I.
- SÁNCHEZ Rivera, Lorena  
 1988 *Reproducción material e ideológica del sector obrero "privilegiado".* Tesis de licenciatura en Antropología Social, México, D.F., UAM-I.
- ROBERTS, Bryan  
 1980 *Ciudades de campesinos. La economía política de la urbanización en el tercer mundo.* México, D.F., Siglo XXI.
- VILLORO, Luis  
 1990 "Aproximaciones a una ética de la cultura" en *Casa del tiempo.* UAM, vol X, núm. 94, marzo-abril.
- WARD M., Peter  
 1991 *México: una megaciudad. Producción y reproducción de un ambiente urbano.* México, D.F., CNCA-Alianza Editorial.
- WEBER, Florence  
 1989 *Le travail à-côté. Etude d'ethnographie ouvrière.* París, Ehes.
- WILLIAMS, Raymond  
 1981 *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte.* Barcelona-Buenos Aires, Paidós.
- WIRTH, Louis  
 1988 "El urbanismo como modo de vida" en Bassols y otros (comps.) *Antología de sociología urbana.* México, D.F., UNAM.